

Pilar García Jordán, Jordi Gussinyer *et al.* (coords.), *Estrategias de poder en América Latina*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2000, 503 pp.

La obra *Estrategias de poder en América Latina* es una compilación de las ponencias presentadas en el Séptimo Encuentro-Debate América Latina ayer y hoy, realizado del 24 al 26 de noviembre de 1999, en la Facultat de Geografia i Historia de la Universitat de Barcelona.

A lo largo de dicho encuentro, las jornadas de trabajo se agruparon en torno a tres mesas temáticas: “Poder e identidad en América”, “Agraviando al pueblo en América Latina” y “Arte y arqueología en América Latina”.

Los ensayos que reúne esta compilación abordan diversos problemas y, por lo tanto, son analizados desde varios puntos de vista. En ocasiones, de hecho, la temática se muestra demasiado heterogénea. Quizás el título de la obra resulta un tanto ambiguo, puesto que, en sentido estricto, la palabra *estrategia* se usa preferentemente en el lenguaje militar, aunque tal sentido original se ha hecho extensivo a otros ámbitos, en los cuales también se puede emplear; sin embargo, este uso es como figura retórica. En cualquier caso, es conveniente evitar todo tipo de anfibología, en aras de una mayor precisión conceptual.

Como ejemplo de lo anterior está el título de la conferencia inaugural, “Comunidad y sociedad en la expresión musical del Caribe hispano. El desafío salsero a la cultura global”, pronunciada por A. G. Quintero Rivera de la Universidad de Puerto Rico, mismo que podría resultar desconcertante para el lector quien, en un principio, se atiende tan sólo al título de la compilación como referente de la lectura. De ahí que resulte lógico

preguntarse qué relación tiene la salsa con las estrategias de poder. No obstante, en forma paulatina el lector advierte que estos ritmos afroamericanos, como la salsa, rumba, merengue, cumbia, entre otros, constituyen tanto un desafío al *establishment* como una alternativa a la música de tendencia europea, netamente occidental.

La música afroamericana rompe sin duda con la métrica occidental. La antítesis no sólo se plantea en el aspecto rítmico o sonoro, sino también se hace ostensible en el contenido. La letra afroamericana expresa la comunicación tribal: el barrio y la favela están aquí presentes. Es evidente que la música afroamericana se muestra como una verdadera eclosión de espontaneidad. Su contenido efusivo se manifiesta de este modo como un reto continuo a la actual globalización cultural.

En la primera mesa “Poder e identidad en América” se encuentran ensayos que van de la cartografía a la semántica. Entre ellos, son dignos de mención los de José Antonio Armillas, Javier Laviña, Chiara Vangelista, Pilar García Jordán y Salvador Martí.

En “Nueva Orleans. El proyecto frustrado de una sociedad distinta (1763-1803)”, de José Armillas, se analizan las vicisitudes de los habitantes de la Luisiana bajo los vaivenes de la política. Este territorio se extendía desde la región de los Grandes Lagos hasta el Golfo de México, desde el valle del Misisipí hasta Texas y Nuevo México.

La parte occidental de la Luisiana fue cedida a España en 1763. Napoleón I volvió a adquirirla y la vendió a Estados Unidos. La región situada al este del Misisipí fue anexada por Gran Bretaña e integrada a Estados Unidos después de su independencia. La parte sur ingresó en la Unión en 1812.

El ensayo trata la problemática de la gente de la Luisiana en su relación con la Corona española, a propósito de lo cual el Imperio español tuvo que diseñar un esquema *sui generis* para

interactuar con los habitantes de esta región. El proyecto español quedó sin embargo en estado embrionario, pues posteriormente la Luisiana se restituyó a Francia.

El trabajo de Javier Laviña “Sin sujeción a justicia: Iglesia, cofradías e identidad afroamericana”, destaca la importancia que las cofradías tuvieron en el actual Santo Domingo. Éstas eran instituciones religiosas de carácter gremial y se encontraban bajo la advocación de un santo patrón. Además, se desempeñaban como sociedades de ayuda mutua, a propósito de lo cual realizaban diversas actividades como el pago de los entierros de los cofrades y el cuidado de huérfanos y niños.

En España, las cofradías contaban con una larga tradición. En Santo Domingo jugaron un papel primordial, pues permitieron que negros y mulatos conservaran gran parte de su identidad africana.

Como es posible apreciar, el ensayo de Chiara Vangelista, “Frontera e identidad indígena entre colonia y Estado nacional: notas sobre los Mbaya-Guaikuru y los Bororo en Brasil”, se centra en la problemática indígena, tan en boga en nuestra América.

Las etnias representan sin duda alguna un desafío perenne para el Estado nacional. Ambos están llamados a sostener una lucha por la existencia propia. Los usos y costumbres, amén de la gran vinculación a un territorio determinado, son rasgos constitutivos de las etnias americanas. En la mayoría de los casos, el Estado nacional es el heredero cultural del antiguo poder colonizador; las etnias, en cambio, son herederas de los grupos precolombinos. El choque entre vencedores y vencidos está siempre planteado. La alteridad es una piedra en el zapato de cualquier Estado nacional.

En el caso concreto de estas etnias de Brasil, la colonización de los territorios Guaikurú y Bororo implicó no sólo la disputa entre indígenas y colonizadores, sino también un conflicto

interétnico. La cuestión llevó al planteamiento de una terrible disyunción: ¿aliarse, o no, con los colonizadores?

Tanto los Guaikurú como los Bororo mantienen con el Estado nacional una relación que se podría calificar de “coexistencia pacífica”. Las bases para dicha interacción fueron sentadas en la temprana colonización del Mato Grosso.

Las palabras tienen un poder asombroso; pueden ser artífices de sucesos agradables o funestos. En la mitología, por ejemplo, la Esfinge de la saga tebana devastaba mediante sus terribles acertijos, pero a través de la palabra Edipo pudo asimismo encontrar la clave del arcano. En el funeral de Balder las deidades nórdicas se encontraban apesadumbradas; sin embargo, Odín guarda la compostura, se aproxima al cuerpo mortecino y le susurra una palabra, que habría de ser fundamental para el advenimiento del *Ragnarok*. En la tradición judía se observa la importancia de la palabra como sortilegio creador del Golem.

Es en el ámbito político donde su poder se manifiesta verdaderamente. Así, desde Demóstenes, Cicerón y Catón Censor hasta Robespierre, Danton y Saint-Just, todos son claros ejemplos del imponderable uso de la palabra.

En relación con lo anterior, el ensayo de Pilar García, “El poder de las palabras o la construcción de una quimera. Uso y abuso de la colonización en la política boliviana, 1825-1935”, resulta muy ilustrativo. El mismo constituye un minucioso análisis de la jerga demagógica utilizada por los políticos bolivianos en el periodo mencionado.

Estos últimos vieron en la colonización una forma de progreso así como de soberanía nacional. Por tal razón, la *colonización* se transformó en una palabra privilegiada en el contexto político boliviano. La necesidad de colonizar los llamados *orientes bolivianos*, es decir los territorios ubicados al norte, este y sureste, se convirtió en una política de Estado ligada al de-

sarrollo del país, aunque también era una forma de resarcir el orgullo boliviano, profundamente herido después de la guerra del Pacífico. Bajo el eslogan “gobernar es poblar”, el afán colonizador se transformó en una parte fundamental del mito nacional. La colonización implicaba el desarrollo de zonas rurales y la nacionalización de regiones fronterizas.

Los factores que contribuyeron al fracaso de la política colonizadora fueron múltiples. Entre otros, están el escaso apoyo del presupuesto nacional y la mínima infraestructura, aunados a las disputas entre liberales y conservadores. En efecto, la colonización fue perdiendo interés tanto para los conservadores chuquisaqueños como para los liberales paceños, pues unos y otros mostraban un interés primordial por conservar sus prerrogativas y escaso o nulo por continuar con la política colonizadora.

Si gobernar es poblar, entonces la proposición inversa: poblar es gobernar, también vale. Los gobiernos bolivianos mostraron sin embargo su incapacidad para hacerlo. De hecho, no pudieron consolidar su dominio en todo el territorio nacional. La guerra del Chaco (1932-1935) puso fin a la quimera colonizadora.

Este trabajo demuestra por qué siempre se debe estar prevenido “contra las grandes palabras”, máxime cuando éstas provienen de las elites gobernantes.

El ensayo “Algunas reflexiones políticamente incorrectas sobre Nicaragua”, de Salvador Martí i Puig, analiza aspectos políticos, económicos y sociales de este país desde los albores de los años ochenta hasta nuestros días. El trabajo estudia el proyecto revolucionario (1979-1990); la transformación de la Contra de una banda mercenaria a su consolidación como un ejército con cierta base social; las consecuencias de una década de confrontación y, finalmente, la democracia postsandinista.

Aunque se trata de un excelente ensayo, considero pertinente hacer ciertas precisiones.

Según afirma el autor, el campesinado tuvo un papel secundario en la lucha contra la tiranía de Anastasio Somoza. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) estaba integrado, en su gran mayoría, por elementos de origen urbano. La colaboración campesina tenía un carácter espontáneo y más coyuntural. Desde mi punto de vista, tal afirmación no es del todo exacta. Si bien es cierto que la insurrección urbana precipitó la caída del régimen somocista, no se puede desconocer el papel primordial que el campesinado jugó en la lucha contra la dictadura, principalmente en el periodo comprendido de 1977 a 1979. Además, no hay que olvidar que la “Guerra Popular Prolongada”, una de las corrientes que integraban el FSLN, sentaba sus bases en el campesinado. No es posible, entonces, hacer extensiva la aseveración del autor a la totalidad del FSLN, aunque sí se aplica a las corrientes “Tercerista” y “Proletaria”.

Martí también concede que la Contra llegó a tener, en algunos aspectos, las características de una rebelión campesina, básicamente indígena. Al respecto, se argumenta que el gobierno sandinista resquebrajó las relaciones sociales, económicas y culturales del campesinado nicaragüense, el cual trabajó en forma consuetudinaria bajo un esquema de latifundio con un marcado tinte paternalista. Es verdad que el régimen sandinista cometió errores en su relación con el campesinado, sobre todo con las etnias de la costa atlántica, pero afirmar que la Contra fue un ejército campesino en rebelión contra el Estado parece una exageración. Hay que establecer distinciones. No se puede hablar de la Contra como un ente homogéneo, pues la denominación aglutinaba a una serie de grupos armados que sólo tenían en común el apoyo estadounidense y el objetivo de destruir al régimen revolucionario.

La Contra estaba integrada, fundamentalmente, por el Frente Democrático Nacional, dirigido por Adolfo Calero; la Asociación Revolucionaria Democrática, a cuya cabeza estaba Edén Pastora, y Miskitos, Sumos y Ramas Todos Unidos, bajo la conducción de Steadman Fagoth. De éstos, quizás el único que tenía cierto interés por reivindicar derechos de tipo indígena era el último, situación que fue hábilmente explotada por la administración Reagan, y que, de hecho, resultó crucial para la derrota electoral sandinista.

Aunque parezca paradójico, bajo el gobierno revolucionario las expectativas de ciertas etnias campesinas no eran nada halagüeñas, debido a múltiples factores, de los cuales posiblemente el principal sea el de la ancestral lucha por la tierra, que de nueva cuenta enfrenta, en diferentes circunstancias, al campesinado y la oligarquía nicaragüenses. El ensayo es, en suma, esclarecedor y bien meditado.

En la segunda mesa “Agraviando al pueblo en América Latina”, también hay excelentes trabajos, entre los que sobresalen el de Mario Amoros y el de César Mora.

“Antonio Llidó un sacerdote revolucionario”, de Mario Amoros, trata acerca de este sacerdote español influido por la Teología de la Liberación, quien estuvo los cinco últimos años de su vida en Chile. Ahí, le tocó vivir la experiencia del Gobierno de Unidad Popular, pero también el golpe militar. Dichos años fueron sin duda alguna fructíferos y sumamente intensos. El compromiso social de Antonio Llidó lo llevaría ante la siniestra Dirección de Inteligencia Nacional, en manos de la cual encontró la muerte.

César Mora, en su ensayo “Violencia y política: notas sobre la Revolución”, estudia algunos aspectos relevantes de la Revolución cubana. Su análisis se enfoca en una perspectiva que extrapola el marco histórico de la Revolución, que lo lleva, en ocasiones, a una posición francamente cosmológica. A propósi-

to, considero que en su afán de abarcar lo general, el autor pierde de vista lo particular; dirige su atención hacia lo abstracto en menosprecio de lo concreto.

La Revolución cubana, de acuerdo con este análisis, no tiene sus causas en tal o cual situación histórica, sino en un ancestral sentido de rebeldía frente a la secular opresión. Mora considera que, ante el papel primordial que tiene la eclosión del espíritu rebelde, el *hic et nunc* juega un papel secundario. De este modo, parece prestar poca atención al actuar de los hombres en circunstancias determinadas. Desde mi punto de vista, la Revolución cubana sería impensable sin la brutalidad del régimen de Fulgencio Batista. La hazaña del Moncada, el legendario *Granma*, la toma de Santa Clara, la invasión de Bahía de Cochinos, el bloqueo económico, la crisis de los misiles, la Operación Carlota son hechos palpables protagonizados por hombres de carne y hueso. No es pues posible realizar una dicotomía entre los hombres y la historia. Hacerlo sería permitir una hipóstasis histórica de impronta hegeliana.

El estudio de Mora posee un fuerte sentido teleológico que hace que sus palabras parezcan, en ocasiones, la obra de un profeta.

En la tercera mesa “Arte y arqueología en América Latina” sobresale “Blas Valera defensor de los indios”, de Laura Laurencich-Minelli. La temática de este ensayo se centra en la figura de este jesuita quien, como es posible concluir en la lectura, vivió una historia azarosa. Valera nació en 1545; era hijo del español Alonso Valera y de la indígena Allpa Urpi. Ingresó en la Compañía de Jesús movido por un ferviente deseo de ayudar a los indígenas. En Cuzco fundó la cofradía Nombre de Jesús y se comprometió plenamente con el sufrimiento de los indios peruanos.

Al hablar de Blas Valera vienen a la mente en forma ineluctable otros nombres como el de Francisco de Vittoria, fray

Bartolomé de las Casas y fray Alonso de la Veracruz. No obstante —sin menospreciar a estos últimos—, la figura de Valera parece inmensa, ya que su defensa de los indios, lejos de limitarse al ámbito teórico, se expresó asimismo en la práctica.

Con el seudónimo de Guaman Poma, escribió *Nueva crónica y Buen gobierno*, obras en las cuales busca consolidar la cultura y lengua indígenas. Igualmente cuestionaba la legitimidad de la conquista y, por ende, ponía en tela de juicio el poder de la Corona. Sus ideas lo hicieron caer en desgracia; se le acusó de herejía y subversión política.

Valera se refugió en la ya mencionada cofradía Nombre de Jesús; allí encabezó el movimiento neoinca cristiano, en el cual colaboraron peninsulares, mestizos e indios. Este movimiento tuvo su inspiración en las utopías renacentistas —la *Utopía* de Tomás Moro, *La ciudad del Sol* de Tommaso Campanella y *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon—. El movimiento neoinca cristiano buscaba rescatar el acervo cultural indígena y fomentar una reforma agraria. Obviamente la Corona no podía tolerar este tipo de expresiones. El malogrado sueño del padre Valera podría catalogarse como un experimento intenso y efímero. El movimiento sucumbió en 1737.

La conferencia de clausura “México, etnias, autonomías y Estado”, pronunciada por Margarita Carbó de la Universidad Nacional Autónoma de México, habla del proceso de conquista a través del cual los españoles se asentaron en México. El trabajo analiza el sometimiento de los pueblos precolombinos, al igual que el mestizaje racial y cultural que se dio entre los europeos, los africanos que éstos trajeron y los pueblos indígenas.

El ensayo, además del estudio retrospectivo, plantea una interrogante sobre el trato jurídico, político y social que debe proporcionarse a los pueblos indios. La responsabilidad, que no recae únicamente en el Estado, involucra a toda la sociedad.

Margarita Carbó sostiene que los usos y costumbres de los pueblos indios deben respetarse, siempre y cuando no vulneren los derechos fundamentales del ser humano o socaven las instituciones democráticas. En un mundo globalizado, trabajos como el presente siempre son pertinentes.

Después de una revisión hecha a vuelo de pájaro de algunas de las ponencias que dieron origen a la compilación de esta obra, es posible concluir que la misma logra mantener el interés del lector y, a la vez, suscita múltiples reflexiones. Debido a su composición y estructura, su lectura resulta útil tanto para el especialista como para el lego.

*Armando Ramírez*